

Si en la «piperra» además de las manzanas y otros frutos, se conseguía un nido, aunque sea de tañn, la tarde era completa.



LAS "PIPERRAS"

Ya que el tema básico del «OARSO» de este año es el de los diversos y variados centros de enseñanza que han existido y existen en Errentería; creo igual de básico la institución paralela de la «piperra». Nosotros, en nuestra lejana época de estudiantes la llamábamos así. He leído que otros la llamaban «kikerra», «kilkarra» y cosas por el estilo; pero creo que esta de «piperra» es la verdadera ya que los castellanos hablantes llamaban «guindilla» («piperr-min») a lo que nosotros llamábamos así —sin meterse a dilucidar si ellos nos copiaron a nosotros o nosotros a ellos— como prueba fehaciente de que «piperra» es la auténtica denominación a la falta de asistencia a clase por alumnos con espíritu de aventura.

No se por qué, el hacer «piperra» era castigado. Verdaderamente, si analizamos bien las cosas, sólo en contadas ocasiones merecía el anatema del maestro y la correa del padre. Las otras tenían tal valor didáctico que más merecían premio que castigo. Porque, vamos a ver: ¿No es mejor conocer «de visú» las cosas que los maestros enseñan a base de libros y frías lecciones, no muy convincentes la mayoría de las veces?

Las «piperras» las podíamos considerar de tres categorías: las que «enseñaban»; las que se efectuaban por «huir de la quema» y las que eran motivadas por simple sibaritismo.

Vayamos por partes. Los que «anden» alrededor de mi edad recordarán el escándalo que se armaba en el pueblo cuando un avión lo sobrevolaba. El fragor de sus hélices hacía que hasta los enfermos se asomasen a las ventanas y balcones para ver tan inusitados pájaros. Y si su ruidoso surcar no era suficiente, los gritos de la chiquillería ¡«aeroplano», «aeroplano!»! alcanzaban tales decibelios que hasta los sordos se percataban de que algún acontecimiento insólito alteraba la pacífica población. Si esta aureola rodeaba a la incipiente aviación de entonces: ¿No estaba justificada la «piperra» para ir a ver el famosísimo «avión de Centolen»? Porque resulta que allí, en aquel caserío, estaban los restos, no muy malogrados de una avioneta que, no se por qué azares de la vida, fue a parar allí soliviantando a toda la chiquillería. Ver posado en tierra un pájaro de aquellos ¿no enseñaba más que todos los dibujos y fotografías de los libros por muy acompañados de mejor o peor logradadas explicaciones que estuviesen?

Además, Centolen tenía otro atractivo que los maestros no debieran haber desdeñado: los pavos reales. Cuando no podíamos ver el volador artificio, ya que no duró mucho allí; podíamos ver a esas aves a las cuales no teníamos otra ocasión de ver que en las Navidades, cuando los paveros los traían en asusta-

das manadas a venderlos en la Plaza de los Fueros. Allí se amontonaban temerosos como adivinando el fin que les esperaba, mientras que en Centolen se pavoneaban a sus anchas y a veces, si se tenía suerte —yo no la tuve— se les veía desplegar el florido abanico de sus colas... ¿No eran éstas lecciones prácticas más valiosas que las que ofrece el mejor volumen de Historia Natural?

Otra de ellas fue cuando el Ayuntamiento de Pasajes regaló la bandera de combate al crucero «Blas de Lezo», flamante y recién salido de los astilleros. La bélica enseña la recibió anclado en medio de la bahía, acompañado de otros dos buques de guerra que fueron los que le dieron la «alternativa». ¿No merecía una «piperra» ver tan emocionante acontecimiento? Aunque no estoy muy seguro de si la hice o si la ceremonia tuvo lugar en un día de fiesta, lo cierto es que si no la hicimos la hubieramos hecho. Fue emocionante ver a tres «enormes» —así nos lo parecían entonces— buques de guerra, empavesados de banderitas por todos los lados, con sus tripulaciones formadas en albas hileras sobre las cubiertas de los grises y alargados buques, el sonar de las bandas de música con los himnos de rigor y, mientras la morada enseña se alzaba lentamente, el ensordecedor disparo de los cañones con las salvas de ordenanza, que, a poco, velaron la ceremonia envolviéndola en nubes de humo ocre y picante... ¿Qué libro nos podía dar una imagen mejor y más clara del poder de las embarcaciones aquellas?

¿Y cuándo arribaba un circo? Esta era otra. Normalmente se instalaba en el campo del «Lagún Artea». Para los que no lo conocieron, éste se encontraba donde ahora el barrio de Olibet, al pie de la Estación del Norte.

Claro que las funciones se daban fuera de las horas de clase, pero eso no era lo interesante sino cuando lo estaban montando, cuando era todavía un desbarajuste de carromatos, jaulas de fieras, postes, lonas, cuerdas y hombres... No nos dejaban acercarnos pero... ¿quién puede con la curiosidad de los muchachos? Allí obteníamos lecciones de antropología ya que en los circos venían gentes de todas las razas... Allí vimos los primeros pieles rojas «auténticos» —a lo mejor eran de Almería— con sus vestidos de pieles llenos de flequillos y colgantes que nos transportaban a la época de Buffalo Bill. Sólo tenían un defecto: nunca llevaban plumas en la cabeza a tales horas.

Otros hombres eran negros. ¿Cuándo podíamos ver negros si no era en los circos? Porque los marineros que, de vez en cuando, aparecían en los buques, no los estimábamos auténticos. Los de los circos si que eran negros y exhibían sus torsos

desnudos y descomunales musculaturas mientras manejaban con soltura las porras con que clavaban las grandes barras de hierro que luego tensarían las cuerdas que sostenían las lonas. Seguramente, alguno de ellos en las funciones nocturnas se dedicaría a pasmar al público doblando gruesas barras de hierro y masticándolas ya que eran muy capaces de ello con sus enormes dientes.

En cuanto a los amarillos, estaban bastante desprestigiados en nuestras infantiles mentes ya que entonces era corriente verlos en verano, y durante las Magdalenas, vendiendo —todo a «peleta»— unos dragones y abanicos de papel multicolor, que se extendían y plegaban a placer, cuando no collares, pulseras, pendientes y sortijas, también por una «peleta».

Sus rostros enjutos, amarillos, de ojillos diminutos e inclinados, tenían una falta muy grande: les faltaban los largos bigotes y las coletas, además de las tunicas bordadas con truculentos dragones con que solían aparecer en las películas. Y los de los circos no eran mejores. Quizá sus funciones harían maravillas —casi todos solían ser ilusionistas— pero allí, vestidos a la europea, eran unos cuantos más de la troupe. Sin embargo, servían también para nuestra formación cultural como acrecentaban nuestros conocimientos de Historia Natural los tigres, leones, elefantes, etc. que se encerraban en sus jaulas de lisos barrotes de hierro. Entre los animales los había con anomalías congénitas tales como dos cabezas, cinco patas, y cosas así, pero nuestras preferencias iban hacia leones —siempre acostados o sentados— mirando a la lejanía con el aire ausente de un rey destronado; los tigres, siempre dando vueltas en torno a su estrecha cárcel y mirándonos de soslayo, quizá pensando en el banquete que se podrían dar con aquellos asombrados macacos que los contemplaban; y los elefantes con enormes montones de hierba delante y otras casi tan grandes detrás, pero no de hierba... ¿Dónde, en qué libro adquirir tan detallado conocimiento de aquellas fieras, verdaderos reyes del mundo animal?

Y así eran las «piperras» didácticas, las que realizábamos para aumentar nuestro acervo cultural, aún cuando no lo apreciaban así ni padres ni maestros.

La siguiente categoría era la que efectuábamos cuando se nos atragantaba la lección que nos esperaba —casi siempre de gramática o de matemáticas— y que no habíamos asimilado. ¡Cuidado que es difícil eso de conjugar verbos con toda la zarabanda de presentes de indicativo, pretéritos pluscuamperfectos, etc. etc.! ¡Y las reglas de tres compuestas, las raíces cúbicas y

todo ese jaleo de sustituir números por letras? ¡Puaff! Cuanto mejor era ir a recolectar manzanas. Nos conocíamos al dedillo donde estaban las mejores manzanas del pueblo y en los manzanales distinguíamos a simple vista si eran amargas, dulces, agrias... Y eso... tampoco se aprendía en los libros aunque desesperaba a más de un casero que veía mermada su cosecha de «txalakas» a poco que se descuidase o no tuviese un perro diligente y capaz. También aquí entraba en juego la más estúpida práctica de la Historia Natural ya que conocíamos a los perros de los caseríos y sabíamos quienes eran los «incorruptibles», los que no se debajan sobornar por huesos y los que sí; los que se acercaban a nosotros a todo ladrar y luego se paraban expectantes sin atreverse a tocarnos y los que, sin ladrar se acercaban a nosotros dispuestos a dejarnos sin pantalones o sin algo más substancial... Lo malo era que las «txalakas», las reinetas, las pera-manzanas... en fin, las variedades más apreciadas, estaban siempre cerca de los caseríos, al alcance de perros y baserritarras.

En cuanto a las «piperras» sibaríticas eran aquellas en que discurría Mayo u otro mes escolar con calores desusados, por ejemplo, y nos largábamos a «costa» a bañarnos aprovechando las mareas altas. Costa era ese trozo de la bahía de Pasajes donde han construido las «Potasas de Navarra». Entonces era completamente salvaje. Un pseudo muelle, con unas escaleras de piedra, se elevaba desde el fondo cenagoso. La pina ladera que ascendía hasta la carretera estaba llena de zarzales tras los cuales escondíamos la ropa. Las escaleras eran el árbitro de nuestros conocimientos natatorios ya que uno se tiraba al agua desde dos escalones, desde cuatro, desde ocho o desde arriba del todo, según su valor, su destreza o la altura de la marea. Y ¡que fresquita estaba el agua comparándola con el bochorno de las aulas! Además, si miramos bien, eso también enseña ya que estábamos al dedillo de las mareas: cuando tocaba pleamar o bajamar y los niveles que alcanzaban ya que de ellas dependía que fuésemos a «costa» o a «presa» o a Fandería o a...

Dentro del mismo plan sibarítico se puede considerar como nevaba. De todos es sabido que la nieve rara vez cuaja en el pueblo. Pues bien, cuando lo hacía, las «piperras» se multiplicaban. ¿Cuándo íbamos a tener ocasión de jugar con el albo elemento otra vez? Porque entonces no se acostumbraba, como ahora, «ir a la nieve» bien provistos de esquís ya que ni siquiera sabíamos como eran esos chismes...

Dentro de estas tres categorías no he considerado una: la deportiva. Y es que, a veces, los partidos entre clases se encontraban de tal manera en el recreo que todas las campanillas del mundo no nos hacían perder el afán del triunfo y jugábamos hasta el «gol de la victoria». Estos partidos se jugaban en el frontón salvo cuando se sospechaba que iba a ser especialmente reñido en cuyo caso lo trasladábamos al cercano campo de Lagún Artea, para lo cual no había que hacer más que cruzar las compuertas que entonces existían cerca del Asilo. ¡Y había que ver a Don Gabriel, don Aurelio, don Miguel... etc. bien provistos de varas de mimbre, ir a buscarnos al otro lado del río dispuestos a que volviésemos a clase a fuerza de baquetazos!

¡«Piperras», «piperras»...! ¡Qué mal te comprendían los mayores! ¡Y se habla de desfase generacional, de incompreensión entre padres e hijos, y de tantas y tantas zarabandas por el estilo...! ¡Entonces sí que no nos comprendían! Hacer «piperra» era un acto de personalidad, había que tener valor y decisión, curiosidad y fuerza de voluntad, espíritu de sacrificio, desprecio a los castigos y compañerismo... Era toda una escuela práctica paralela a la oficial. Casi estoy por decir que los chicos que hacían las «piperras» eran los mejores, los más nobles, leales y bondadosos —yo era uno de ellos ¡jo macho, vaya jabón!— pero no los más óptimos estudiantes... ¡Algo malo tenían que tener! ¿no?

Eceiza Michel

Uno de los grandes alicientes de las «piperras» era sin duda la recolección de manzanas... ajenas.

